

H EDITA: SORIA IMPRESIÓN, S.A
 Presidente: Pedro Soto Orte
 Director de Herald: Miguel Iturbe Mach

Directora de Herald de Soria: Mónica Fuentes Ruiz
 Directora adjunta: Esther Guerrero Gijón
 Jefa de Sección: Milagros Hervada González
 Publicidad: Benjamín Lázaro Calvo

www.heraldodesoria.es

Dirección: El Collado, 17
 Teléfonos: 975 23 36 07
 Fax: 975 22 92 11 (Redacción) 975 22 36 10 (Administración y Publicidad)
 Correo electrónico: soriaredaccion@heraldo.es soriapublicidad@heraldo.es

Depósito Legal: SO-51/1977
 Control de tirada y Difusión:

MIGRACIÓN | María Irigoyen Pérez

La imagen del éxodo

La laxitud de los gobiernos y de la Comisión Europea ante la masiva llegada de migrantes a nuestras fronteras, alrededor de unas 340.000 personas en lo que va de año, nos produce una fuerte indignación

Sucedía ayer y hoy sigue siendo una realidad constante que permanece activa. Está ahí, la observamos un día sí y otro también a la espera de una solución que está por llegar. De nada sirve que algunos no la quieran ni deseen ver, porque lamentablemente no va a desaparecer en mucho tiempo. Y menos aún todavía, se borrará de nuestras conciencias. Aunque el recuerdo duela, no deberíamos olvidar la imagen de la tragedia de los refugiados sirios. Es la del niño Aylan de sólo tres años, tumbado inerte boca abajo en una playa en Turquía. Nunca la olvidaremos. Tampoco muchas otras, que se han ido sumando al drama del éxodo de personas que como nosotros se han visto obligadas a salir de sus hogares para tratar de escapar de las muchas guerras abiertas.

La laxitud de los gobiernos y de la Comisión europea ante la masiva llegada de migrantes a nuestras fronteras, alrededor de unas 340.000 personas en lo que va de año, nos provoca una fuerte indignación. Y es que la guerra siria después de más de cuatro años sigue avivada. Los responsables europeos olvidan que casi cinco millones de ciudadanos sirios sobreviven en los países vecinos, en Líbano, en Jordania, en Turquía y en Egipto. Ha sido necesario que nos tocara de lleno a los europeos para darnos cuenta de que el conflicto se agrava cada día. Sin embargo, algunos gobernantes han

olvidado su responsabilidad ante la demanda de auxilio y asilo que solicitan los refugiados y han reaccionado poniendo barreras y toda la resistencia posible para no acoger a los refugiados. Entre ellos España y los gobiernos de los países del Este, Eslovaquia, República Checa, Polonia y Hungría, un bello país con una ciudadanía abierta y hospitalaria pero con un gobierno presidido por el intolerante, Viktor Orbán, ejemplo de un antidemócrata y ultranacionalista que está cercenando la libertad de expresión y de opinión y los derechos fundamentales. Por ello no se entiende que el Partido Popular Europeo le siga manteniendo su apoyo.

La estación de Keleti en la capital magyar se ha convertido en la estación de negros y tristes recuerdos, el de las deportaciones. Como así sucedió en la primavera de 1944. De ella salieron casi medio millón de judíos húngaros subidos a los trenes que les llevarían a los campos de concentración de Auswitch. Hace menos de una semana, los refugiados se encontraban en esa misma estación, pero las autoridades húngaras cancelaron la salida de los trenes que deberían llevarlos hacia Austria y Alemania. La historia se repite una vez más, con sus fantasmas que vuelven a la realidad. Es el fantasma del horror, del odio al otro, puesto hoy en boca de los xenófobos de la extrema derecha que les gritaban: «Iros a vuestro puto país».

Irrita, cuando menos, observar la ausencia de humanidad y de compasión en la respuesta del gobierno de Rajoy ante este drama humanitario jamás visto desde la Segunda Guerra Mundial. Es una huida desesperada hacia un país seguro. Y con la esperanza depositada en la solidaridad y en la confianza de los europeos. Nos corresponde a nosotros, a los mismos que cuando lo necesitamos encontramos países que nos acogieron sin poner excusa alguna. Somos los europeos quienes debemos responder antes la desesperación de los refugiados y emigrantes. Otra Europa es posible. Por tanto, los países miembros de la Unión Europea son los responsables del devenir europeo. O aceptan las cuotas obligatorias de refugiados o abren una herida de muerte al poner en peligro uno de los pilares fundamentales de la Unión Europea, la libre circulación de las personas por el espacio europeo y la aparición y control de fronteras.

Ante la tardanza de la respuesta de los gobiernos europeos, la reacción solidaria de la ciudadanía española no se ha hecho esperar. Muchas familias han manifestado su deseo de acoger en sus casas a refugiados. También la de los ayuntamientos. Hasta la fecha son 55. Y el Papa, que ha pedido que cada parroquia y monasterio acoga a una familia de refugiados. Este y no otro es el gran reto de este siglo, el éxodo de la migración.

María Irigoyen Pérez es politóloga.

EL PASADO QUE E ESPERA

Irene Vallejo Moreu

El emigrante hispano

MARCIAL fue un emigrante hispano en Roma. Cuando tenía 25 años, se instaló en la que entonces era la capital de las oportunidades, un anticipo del sueño americano a donde llegaba gente desde todo el imperio.

Marcial descubrió pronto que era una ciudad dura. Nos habla en sus poemas de multitudes pálidas de hambre. No era fácil hacerse rico, ni siquiera era fácil ganarse la vida. En cierto epigrama Marcial dice que había en Roma muchos elocuentes abogados que no podían pagar el alquiler completo y muchos poetas con talento pasando frío porque no tenían ropa de abrigo. La competencia era feroz, todos querían prosperar. La riqueza del prójimo se observaba, se envidiaba. Se pensaba en cazar herencias. El propio poeta llegó a tenerlo en mente, si hay que creerle: «Paula desea casarse conmigo, yo no quiero casarme con Paula: es vieja. Querría, si fuese más vieja».

Con los años, Marcial llegó a ser famoso, forjó relaciones, vivió con desahogo. Podemos imaginar al poeta emigrado mientras escribía sus poemas: con una sonrisa que se expande lentamente y que acaba en una risa parecida a un gesto de ansiedad.

LA CALLE

Manuel Alcántara

Hacer sitio

NO estamos preparados, pero hay exámenes que se improvisan. Debemos acoger a 15.000 refugiados más porque es la parte que nos corresponde de los 120.000 nuevos que repartirá la Unión Europea. La cifra asignada triplica a la del primer reparto, con lo que nos hace sospechar que las cosas van tres veces peor, pero lo que importa es resolver un problema que apela a la conciencia de todos, como ha dicho nuestro ministro del gran asunto exterior. Donde comen dos pueden comer tres, pero si son más de cuatro pueden pasar hambre los cinco. Sería miserable rechazar nuestra ayuda, pero también sería insensato no conocer su precio. De ahí que España deba hacer unos cursos acelerados para preparar su hospitalidad. Se trata de no decepcionar a Bruselas y, sobre todo, de no decepcionarnos a nosotros mismos, que también hemos sido un país de inmigrantes. En España, por donde sigue cruzando la sombra errante de Caín (véase la estadística de los incendios forestales provocados), sigue habiendo muchos Abeles de paisano. Por eso se-

guimos creyendo que tenía razón, y más que nada razones coronarias Albert Camús cuando proclamaba que en cualquier ser humano hay más cosas dignas de admiración que de desprecio. Si hubiera un santoral de laicos, allí estaría el gran escritor argelino, pero no está claro que exista un lugar físico donde hacerle sitio a los muertos que más queremos. Por lo menos, el antecesor del papa Francisco, que estaba repleto de certezas, descreía de la geografía celeste.

¿Dónde estará ahora Carlos Sahagún? Hace nada, quiero decir hace 30 o 40 años, paseábamos por Madrid todas las tardes con Eladio Cabañero y ahora me han dejado solo y sin ganas de pasear mi bastón que, por cierto, me estorba mucho para andar. Carlos, Carlitos le llamábamos entonces, ha muerto con setenta y siete años, diez menos de los que tengo yo ahora, que le recuerdo y procuro hacerle un sitio en mi memoria junto al palmeral de Elche o en las tabernas baratas de aquel Madrid que también se ha ido.

